

**OPCIÓN POR LOS POBRES,
INCULTURACIÓN
Y COMUNITARIDAD****PEDRO CASALDÁLIGA**

IGLESIA VIVA me pide una contribución —a mi aire, naturalmente— en torno a los “aportes del diseño evangelizador de la Iglesia de los pobres para un proyecto no-eurocéntrico de evangelización”.

Intentaré apuntar algunas preocupaciones y aspiraciones que agitan mi fe y mi ministerio acerca de ese tema y que muchos otros y otras comparten, sobre todo en el Tercer Mundo (en la Tercera Iglesia). Diré someramente lo que hacemos o queremos hacer y quizás así diga también lo que aportamos o podemos aportar.

- I -

Parece que el Vaticano II quiso enseñarle a la Iglesia el diálogo, preterido o mal llevado, con el mundo moderno: con el mundo europeo, decimos nosotros aquí; o, en todo caso, con el Primer Mundo. El “otro” mundo, los mundos “otros”, prácticamente no entraron en consideración. Por lo menos no entraron en una consideración eficaz.

La larga tradición europea, o del norte, de la Iglesia, su habitat como connatural, seguía imponiéndose. (También para la Iglesia, oficialmente hablando, con demasiada frecuencia parece que no existe el sur...).

Todas las transformaciones pastorales, litúrgicas, jurídicas que el Concilio posibilitó y que se oficializaron después, venían direccionadas por las necesidades y aspiraciones de ese mundo casero para la Iglesia. Verdad es que la teología del Vaticano II, más concretamente en la *Lumen Gentium* y en *Ad Gentes*, daba pie para vuelos mayores hacia los mundos “otros”; pero una vez más no se dio el paso de la teología a la práctica. Y muchos ensayos que se han venido haciendo, en el pos-concilio, han caído en la sospecha o en la interdicción.

La pregunta para el Concilio era: Iglesia de Cristo, ¿qué dices de tí?

A “ese” mundo, se entendía. Y la respuesta fue para “ese” mundo: el mundo blanco y rico, dicho sea más agresivamente. Ni los no-blancos ni los pobres fueron considerados efectivamente. Los pobres —los empobrecidos—, en concreto, entraron sólo de soslayo en el Concilio. La intuición de Juan XXIII y la aspiración del cardenal Lercaro y de aquel pequeño grupo de profetas de los pobres no cuajaron en la conciencia y en la programación pastoral del grueso de los padres conciliares. Los no-blancos, los “otros”, permanecieron fuera.

Los no-blancos y los pobres, subrayo; los pobres y los otros.

Cuando ahora se nos habla, con insistencia, legítima en buena parte, del diálogo con la modernidad —ahí, en el Primer Mundo, parece que ya estarían en una nebulosa pos-modernidad de vuelta—, nosotros, aquí, en los arrabales del mundo, nos preguntamos, escaldados: ¿ya nos están olvidando otra vez? Nuestra cultura, nuestras culturas, ¿son precisamente “modernas”? Lo que hay entre nosotros de cultura moderna, dominante además, ¿es el verdadero desafío o el desafío mayor que se le plantea a nuestra Iglesia? La cultura “adveniente” a que se refiere con preferencia la documentación preparatoria para Santo Domingo, ¿es el verdadero suelo vital de nuestros Pueblos y de nuestras Iglesias? ¿Qué espacio vamos a dar a las culturas-raíz? ¿Los Pueblos Indígenas de Amerindia y sus culturas —secularmente satanizadas o marginadas o folclorizadas, pero resistentes y en afirmación ascendiente ahora— tendrán voz y voto? ¿Reconoceremos, por fin, la existencia y la dignidad de la Afroamérica?

En un encuentro reciente de nuestros teólogos, alguien destacaba, con preocupación crítica, una serie de elementos de reflexión pastoral que deben ser tenidos en cuenta en los preparativos de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano. La advertencia del teólogo es más que oportuna, también para subrayar la validez de los “aportes” que voy a indicar y hasta para situarlos en su lugar debido.

Está claro, por ejemplo, que la inculturación que pido no es la preocupación por o con la cultura adveniente. La atención hacia esa cultura (o modernidad) no puede dislocar el eje de nuestra pastoral: de la pobreza-justicia hacia la cultura. Sería una “solución cultural para un problema económico” y social. “El problema de la pobreza creciente en América Latina... ¿no es el gran desafío para la fe cristiana y para la pastoral de la Iglesia, de acuerdo con la tradición Medellín-Puebla?”. También, pasar ahora de una Iglesia Pueblo de Dios a “una Iglesia obediencial”, jerarquicista, piramidal, sería impedir en nuestra Iglesia el crecimiento de “la comunión y la participación”, estimuladas por varios documentos oficiales. Una centralizadora identidad “católico-romana” —romanicista, diríamos—, cerrada sobre sí misma, negaría la legítima alteridad latinoamericana dentro de la catolicidad. Una Iglesia proselitista, combativa, con poder —con poder económico también, modernamente poderosa, en competencia con los poderes de este mundo—, arrinconaría la fuerza del testimonio de nuestra Iglesia, pobre, perseguida y martirial. “En América Latina continúa grande el número de los mártires”. Sería negar nuestro pueblo y el Evangelio de Jesús salirse ahora “de la opción por los Pobres para una opción preferencial por las clases medias”...

- II -

Y voy a los “aportes”.

Personalmente yo, europeo en primera instancia, aun viniendo de aquella España previa a la Comunidad Europea, me estoy convenciendo cada día más de que el gran desafío pastoral —las grandes preguntas no respondidas, mal respondidas secularmente— que se le presentan a la Iglesia de Jesús son:

- salirse del eurocentrismo y realizarse en catolicidad de hecho;
- ser solidaria y hasta pobre con los Pobres de la Tierra, contra la injusticia de la pobreza; en la pobreza del Evangelio;
- descentralizarse y ministerializarse, haciéndose comunitaria y servidora, desde la base hasta la cúpula.

Tres preguntas, tres respuestas que contestarían proféticamente al pecado estructural del mundo —del Primer Mundo, más exactamente: imperialista y colonizador; rico y usurero, egoísta y excluidor—.

Pienso que los aportes que “la Iglesia de los Pobres” puede y quiere ofrecer a “un proyecto no-eurocéntrico de evangelización” van por estas tres dimensiones —que responden a esas tres preguntas—: 1ª **La inculturación**; 2ª **La opción por los pobres**; 3ª **La comunitaridad**.

Más de cerca, ciñéndome a nuestra Iglesia latinoamericana, los dos providenciales “concilios” que hemos vivido —Medellín y Puebla— y el nuevo “concilio” que próximamente esperamos vivir, en Santo Domingo, abordan precisamente esas tres grandes vertientes de la eclesialidad evangelizadora.

Medellín optó por los pobres.

Puebla canonizó las Comunidades Eclesiales de Base.

Y Santo Domingo —aun en medio de las fluctuaciones de esta hora de involución y de centralismos— habrá de asumir la inculturación.

En los tres “concilios” esas opciones no parten necesariamente de una iluminada espontánea decisión del episcopado, al margen del caminar de sus Iglesias y/o de sus Pueblos. (El episcopado latinoamericano sigue siendo conservador, en su mayoría). América Latina está haciendo así a la Iglesia de América Latina. América Latina y el Espíritu de Jesús. Los empobrecidos y los evangélicamente pobres. Los rebeldes y los profetas. Las víctimas y los mártires. Y entiendo que unos y otros —hombres y mujeres, adultos y niños, individuos y comunidades— coinciden muchas veces en las mismas fecundas personas.

Ya se ha dicho repetidamente, entre nosotros, que más optaron los Pobres por la Iglesia que la Iglesia por los Pobres. Pero, en última instancia, nos hemos visto saludablemente obligados a proclamar que optamos por los Pobres y a optar por ellos, en buena medida también. (Estoy hablando de “la Iglesia” en el sentido restrictivo viciado de la palabra: la jerarquía y sus estructuras. Porque, en el sentido más ampliamente correcto, la Iglesia, en América Latina, es mayoritariamente “los Pobres”).

La rebeldía libertadora y hasta revolucionaria con que se ha erguido el Continente frente a los imperialismos y colonialismos, oligarquías y dictaduras tradicionales, ha contagiado benéficamente, primero a ciertos sectores minoritarios del laicado y gradativamente a las bases comunitarias de la Iglesia. Benéficamente, digo; aunque también con mucho sufrimiento y en medio de ciertas ambigüedades inevitables. El “autodescubrimiento” que ha empezado hace tiempo en círculos intelectuales, artísticos y militantes de nuestra América viene reclamando también de nuestra Iglesia un rostro y un quehacer autóctonos. La Iglesia latinoamericana se está “autodescubriendo”. Leonardo Boff lo recordaba en el número de *Concilium* dedicado a “La voz de las víctimas” (en portugués, nº 232, p. 128): “La nueva evangelización echa raíces en esa tradición profético-pastoral. Ella se está haciendo bajo el signo de la liberación. Da origen a un cristianismo singular, de cuño popular, mestizo, blanco, latino, indígena y negro que apunta hacia formas nuevas de estructuración eclesial y también como una de las formas de cambio social en el Continente”.

Cortar el proceso de este “cristianismo singular” equivaldría a un suicidio eclesial en América Latina y sería privar al resto de la Iglesia de esa contribución que la Iglesia latinoamericana ya está dando y que podrá seguir dando, con mayor abundancia y en paz mayor, si se le respetan la vocación y la hora.

Las tres dimensiones —inculturación, opción por los pobres y comunitaridad— se reclaman mutuamente y se completan entre sí.

La misma Teología de la Liberación, inicialmente más preocupada con el cautiverio y la explotación socio-económica de nuestros Pueblos, ha ido asumiendo cada día más explícitamente los desafíos de la marginación étnico-cultural de esos mismos Pueblos, pobres y “otros”. Como se ha despertado, con creciente sensibilidad, ante la marginación específica de las mujeres y por sus justísimas reivindicaciones, en la Sociedad y en la Iglesia.

- III -

Esas tres dimensiones van adquiriendo carta de ciudadanía en nuestra Iglesia. No en todo lugar; no sin dificultades e incomprendiones y, a veces, en la escala evangélica del fermento escondido. Esa ciudadanía la ejercitan tanto en la Espiritualidad y en la Teología como en la Liturgia y en la Catequesis o en la Caridad social y política y en la organicidad pastoral.

En Brasil, concretamente, los sectores populares más sometidos a dominación o a marginación han hecho surgir *Pastorales específicas* —“las pastorales”, como se denominan simplemente, o “las Pastorales sociales”—:

- El CIMI, Consejo Indigenista Misionero.
- La CPT, Comisión Pastoral de la Tierra.
- La PO, Pastoral Obrera.
- La Pastoral de la Mujer marginada.
- La Pastoral del Menor.
- La Pastoral de los Migrantes.
- La Pastoral de los Favelados o “los sin techo” y otras.

Son pastorales al servicio del Pobre, diaconías sociales, ya no en la línea del asistencialismo o de la beneficencia. Ecuménicas, normalmente. Salen al encuentro de los derechos y las reivindicaciones de esos Pobres y de sus organizaciones, cuando éstas existen o estimulan la creación de las mismas. Ponen a su disposición la presencia, la solidaridad, la denuncia, la acción de la Igle-

sia. Con frecuencia también la cruz y la sangre. La sangre de esos Pobres y la de sus agentes de pastoral se han mezclado muchas veces; siguen mezclándose hoy, en esta seudodemocracia neoliberal que nos han impuesto.

La alteridad indígena y afroamericana de millones de habitantes de este Continente —los indígenas son unos 70 millones y el Brasil es el segundo país negro del mundo— están obligando a la Teología y a la Pastoral a profundas revisiones. Nuestro CIMI, en su última asamblea nacional, asumió el diálogo de tú a tú con las religiones indígenas como un postulado fundamental de la evangelización. Admitir ese diálogo sólo con las religiones llamadas “grandes” y no con las “pequeñas” también, es una discriminación injustificable. La Pastoral Negra, incluso con sus agentes —obispos, sacerdotes, religiosos y laicos— es ya una realidad afianzada aquí. Ambas pastorales, sin embargo, viven más de escucha y diálogo, de ensayos y esperas, que de soluciones pragmáticas. Fue demasiado “fácil” y muy poco evangelizador evangelizar compulsivamente como se vino haciendo a lo largo de esos 500 años y ahora nos toca rever, “des-evangelizar” y, en alguna medida, empezar de nuevo. Evangelizar no es ignorar ni imponer. La verdadera inculturación será una difícil hermosa aventura para nuestra Iglesia. Cada día sentimos más el fuego —les decía yo a unos compañeros del CIMI— pero cada día nos creemos con menos luces...

Las Comunidades Eclesiales de Base —CEBs—, cuyo número variará según los criterios con que se las quiera definir, son indudablemente la fuerza mayor de comunitaridad de nuestras Iglesias. Definidas, en un Encuentro Intereclesial como “un nuevo modo de ser Iglesia” —comunitario en todo y a partir de la base popular—, en otro Intereclesial las CEBs fueron ya definidas, con mayor audacia, como la inspiración y la presión que pretenden que “toda la Iglesia sea de un modo nuevo”: en comunitaridad y a partir de la base.

A veces me preguntan cuántas CEBs tenemos en la prelatura o diócesis de São Félix do Araguaia y yo respondo que no lo sé; ni me preocupa saberlo; que lo que me interesa de verdad es que toda la línea pastoral —vivencia y acción— de nuestra Iglesia particular sea “comunitaria” y “desde la base”; que seamos y hagamos base de comunidad —humana y eclesial—; que no nos despeguemos nunca de la base, social y evangélica, donde están los Pobres y sus luchas y sus esperanzas. Porque esta fue la opción y la práctica de Jesús.

Claro está que las Comunidades Eclesiales de Base son “fórmula” eficaz y hasta “test” de esa comunitaridad eclesial que pretendemos. Con ellas se construye. Sin ellas —como fermento y células— difícilmente. Lo cual tampoco significa que antes de inventarse las Comunidades Eclesiales de Base no hubiera habido comunitaridad eclesial ni comunión con los Pobres en la Iglesia de Je-

sucristo. Las CEBs son las primeras que apelan a la tradición, a los Hechos de los Apóstoles...

Esa comunitaridad va atravesando gradualmente todo el tejido eclesial y ya resulta anormal programar o actuar pastoralmente sin contar con ella. La Comunidad, las Comunidades, saben reivindicar sus derechos y sus deberes de mayoría corresponsable, como Iglesia que son.

Los obispos nos vemos obligados a ser obispos de otro modo; más llano y menos autoritario; con las excepciones que confirman la regla, como es natural. En nuestra Asamblea anual de la CNBB participan religiosas y laicos y también hermanos evangélicos. Y la temática y su tratamiento, en esas asambleas, postulan mucha participación y son de un mordiente bien contextualizado y práctico. Y ese mordiente llevan los documentos de la CNBB; así como muchas cartas pastorales de los obispos, que son más "cartas".

El sacerdote ya no puede ser el gerente omnímodo de una parroquia o comunidad. El Pueblo sabe pedir cuentas y tomar decisiones. Y en este Pueblo está muy presente —con frecuencia en mayoría y dirección— *la Mujer*.

Tenemos, además, la ventaja de padecer muy excepcionalmente, entre nosotros, aquellas escisiones "paracismáticas" que quizás se sufren en algunas áreas del Primer Mundo. Aquí —obispo yo, a fin de cuentas— quisiera hacer constar que el "cisma" tanto puede venir del pastor como de los fieles.

Los Consejos diocesanos, regionales o por sectores, locales o de cada parroquia y comunidad, se van tornando la verdadera gerencia pastoral de las Iglesias.

Se multiplican **los ministerios** y los ministros o animadores, al mismo tiempo que se ponen menos hieráticos o segregados. Quizás por necesidad también; por aquello de que la necesidad crea el órgano. En Brasil el 70% de las celebraciones dominicales —la Palabra y la Comunión— se realizan sin sacerdote.

La Vida Religiosa —sobre todo de ellas— se ha acercado a la periferia, al margen, con una incontestable ejemplaridad de encarnación. Como se sabe, son muchas las comunidades "insertas" en toda América Latina. Pienso que la CLAR, incomprendida y maltratada, cuando se escriba la Historia serenamente será considerada como una de las más benéficas instituciones que la Iglesia haya tenido en este Continente, en los duros y fecundos años de transición y persecución que nos ha tocado vivir.

Nuestras **celebraciones de la Fe**, realizadas con libertad de espíritu, atentas a la vida del Pueblo, sus dolores y alegrías, sus luchas y esperanzas, e incorporando, en grado mayor o menor, su cultura, se tornan por eso mismo

expresión creciente de la inculturación y del comprometimiento de nuestra Iglesia. En ellas entran todos los instrumentos musicales, los más variados símbolos de la vida, del trabajo, de la fiesta; la danza y el canto autóctonos; la memoria, los nombres, el rostro, de los mártires del Pueblo y sus causas; y cada vez más el alma y el cuerpo de la Patria Grande entera. Nuestra Iglesia se va poniendo latinoamericana. Y éste es ya uno de los frutos palpables del V Centenario, sean cuales fueren la acción o la omisión oficiales.

Esta celebración, más encarnada, más popular, más participada, de la Fe se expresa en las romerías de los Mártires, de la Tierra, del Trabajo; muchas veces en santuarios tradicionales pero aireados con un espíritu nuevo o en lugares históricos de lucha por la liberación. En las novenas de Navidad y en los Viacrucis —alargados por todo el tiempo litúrgico de Adviento y de Cuaresma— realizados por grupos de vecinos. En las novenas patronales y en otras manifestaciones de la Religiosidad Popular, asumidas y renovadas, así como en las Campañas más oficiales —la Campaña de la Fraternidad, por ejemplo, promovida oficialmente por la CNBB, con temas y lemas penetrados de vida y de compromiso social; el mes de la Biblia, el mes de las Vocaciones, el mes de las Misiones...

La Liturgia se ha empapado de Pueblo en las Iglesias locales que ya tienen una pastoral orgánica definida en esa línea de inserción y también en muchas comunidades de Iglesias más refractarias. Sin que deje de ser Liturgia, según nos parece y creemos que también le parece así al Espíritu. Los símbolos que ambientan, las ofrendas que se hacen, los nombres de personas, lugares y causas que invaden las oraciones o los “mementos”, nuestras letanías, diferentes, de santos y ruegos bien próximos y estimulantes. La compenetración familiar entre el celebrante que preside y el Pueblo que también celebra. En nuestras celebraciones normalmente “no hace frío”...

La Biblia en manos del Pueblo es un hecho providencial, de enormes repercusiones evangelizadoras en todo el Continente. Especialistas, publicaciones, entidades bíblicas explícitamente creadas para este ministerio, como nuestro CEBI, asesoran y estimulan esta floración bíblica.

Y otros **Centros de formación** y los **Cursos** —multitudinarios o más restrictos, como los que organiza el CESEP— así como las **Publicaciones** periódicas, las versiones popularizadas de documentos, los carteles, los videos, las camisetas alusivas, etc. iluminan y sustentan esa renovada movilización pastoral.

Hablando de la nueva Evangelización, escribía yo, en una carta circular reciente, que hay tres referenciales insoslayables que condicionan y posibili-

tan esta **nueva Evangelización entre nosotros**. (Porque sólo será “nueva” si es, por fin, “nuestra”):

1ª El nuevo contexto de dominación, de marginación y de muerte de América Latina (de todo el Tercer Mundo), dentro del enfrentamiento Norte/Sur.

2ª La nueva conciencia y experiencia del Continente, a partir de los procesos de Liberación, vividos en las cuatro últimas décadas y que nos convocan colectivamente a la autonomía, a la participación, a la alternatividad.

3ª El nuevo modo de ser y de hacer Iglesia: por la Espiritualidad y la Teología de la Liberación, por las Comunidades Eclesiales de Base, por la Religiosidad Popular ensamblada con el compromiso sociopolítico, por los nacientes ensayos de inculturación de la Fe, por la Biblia en manos del Pueblo.

Para nosotros aquí y para los hermanos y hermanas de ahí, si les valen también como “aportes” de evangelización —porque la evangelización es cuestión de espiritualidad ante todo—, yo describía así *las 7 actitudes del Pueblo Nuevo* (el Hombre Nuevo y la Mujer Nueva, pero ya en Comunidad):

- Contemplar sobre la marcha
- Descodificar la realidad
- Com-padecer todo sufrimiento
- Compartir la pobreza
- Estructurar la solidaridad
- Organizar las luchas, las victorias, la esperanza
- Anunciar, testimoniar, celebrar, esperar el Reino.

- IV -

Hay una Iglesia “diferente” entre nosotros, “emergente”, a veces con apariencias de “insurgente” también; pero nunca “paralela” ni cismática, contrariamente a lo que digan personalidades o documentos. La Iglesia, peyorativamente tildada de “popular”, no es una secta. Sin ser inmaculada, esta Iglesia está bastante llena de Espíritu y es sellada diariamente por sangre mártir. La Espiritualidad, en esta Iglesia, es hoy día una verdadera efervescencia de búsquedas, de experiencias, de intercambios. Una Espiritualidad “ubicada” que intenta superar toda dicotomía. Una Espiritualidad contemplativa y política.

Son ya muchos los cristianos latinoamericanos que están demostrando con su vida que la contemplación y la política pueden y deben caminar juntas y besarse, como la Justicia y la Paz bíblicas.

Tengo para mí que esta Iglesia latinoamericana se ha hecho ya con una herencia irreversible que es también un “aporte” de renovación para toda la Iglesia. He sintetizado esta herencia en la Opción por los Pobres, la Inculturación y la Comunitaridad.

Claro está que nos gustaría que esa herencia —que es Historia y Misión— fuera compartida, cada día más, por otras instancias de la Iglesia de Dios. Y está más que claro que necesitamos igualmente de los “aportes” de otras Iglesias, de su comprensión y complementaridad. La solidaridad va y viene. Y el Espíritu trabaja en ambos Mundos. Entre tensiones y búsquedas, salva la Esperanza y hasta el buen humor; salva la Fraternidad —católica, ecuménica, universal—, todos estamos dentro de la gran Comunión de los santos... pecadores.